

CUENTO N° 222

TÍTULO: EL PRIMER AMOR

SEUDÓNIMO: AMANUEL

AUTOR: RICARDO SÁNCHEZ GRACIA

El Primer Amor

Tenía 13 años cuando me enamoré por primera vez. Una vez escuché preguntarle a un sicólogo si los seres humanos nos enamorábamos más de una vez. El sicólogo, un hombre muy práctico pero muy abierto de mente, explicó que no lo sabía, pero que él creía que sí, que el amor podía encontrarse varias veces en el transcurso de la vida de una persona. Hoy recuerdo ese momento con un dejo de nostalgia, al darme cuenta de la inocencia de la pregunta, surgida en el contexto de una reunión de hombres adultos, todos en la “búsqueda de la verdad”, o más bien, buscando alguna certeza a la que aferrarse en este desierto lleno de incertidumbres, donde abundan las dudas, y escasean las exactitudes. La muchacha tenía 16 años en ese entonces, y era, como no, una belleza (¿quién no es bello a los dieciséis años?) Pero más allá de su perfección corporal, de su sonrisa refulgente, de sus formas armoniosas y provocativas, me cautivó su actitud desafiante y desvergonzada. Para graficarlo, recuerdo que una madrugada en que volvíamos en grupo de una fiesta y hacía mucho frío, mientras esperábamos a alguien en la calle, ella escribió sobre la escarcha de un vidrio la palabra PICO, que por ese entonces llenaba paredes, baños y superficies de todo el país. Yo aún creía que para ser bueno había también que parecerlo, y el contraste entre su belleza y su insolencia, sinónimo de maldad para mí en ese entonces, terminó de sorprenderme. Desde esa noche comencé a vivir para aclarar en mi cabeza el contraste entre la belleza y la maldad. Comenzó en ese instante una lucha entre lo que me había enseñado, una forma simple de ver

la vida, y los contrastes de la realidad. Hasta ese momento mágico, lo bueno tenía que ser bello, y eso lo hacía verdadero. Estas tres cualidades de cualquier cosa iban juntas siempre. Si algo era bello, como ella, y hacía algo malo, como escribir pico en un vidrio de la calle, me creaba un conflicto tremendo. ¿Qué era entonces verdadero? ¿Su belleza, o su maldad? Debido a que su belleza era tan real como la salida del sol, no cabía en mi ninguna duda, tal vez no fuera malo escribir palabras soeces en la calle. Comenzó así el autodescubrimiento, es decir, ver la vida a través de mis propias experiencias y sentires, y comenzar a contrastarlos con las enseñanzas que hasta ese momento eran verdades absolutas. Porque si bien es cierto yo no tenía argumentos para negar las verdades teóricas entregadas por mi educación, me enfrentaba a los efectos que mi propia experiencia estaba ejerciendo en mí. La belleza de esa mujer no podía negarse, salvo que negara mi propio sentir. Y ese conflicto se apoderó de mi por muchos años, hasta que descubrí que cada persona tiene un mundo de verdades, y que este mundo es transmitido a hijos y semejantes como eso, verdades. Pero en otro mundo, como el mío, esas certezas pueden ser engaños, o simples opiniones. No recuerdo cuando descubrí eso, pero hoy no tengo ni la más mínima duda que cada ser tiene su propia colección de verdades, y somos muy pocos los que nos damos cuenta de que esas opiniones son ciertas solo para quien les da ese valor. Así, existen las corrientes de opinión que construyen las ideologías, y estas se defienden como verdades hasta el punto de crear conflictos, guerras, y un sinnúmero de desacuerdos entre los seres humanos, muchas veces con fatales

consecuencias. Ella me fascinó hasta la locura. Durante unos tres años no hice más que vivir para ella, aunque era inalcanzable debido a las limitaciones que yo mismo le había puesto a mi vida. Nunca me atreví a desafiar lo establecido. Como iba a conquistar a una mujer 3 años mayor. Recuerdo que ella era arisca y poco dada a tener pololo, a pesar de que tenía múltiples pretendientes, pero era muy amiga de mi hermana, y pasaba mucho tiempo en mi casa, lo que era un regalo para mi. Una noche, conversando cualquier cosa con ella, le pregunté si saldría conmigo a una disco. Para mi sorpresa, me contestó sin dudarle que si, que solo tenía que pedírselo. Quedé tan sorprendido con su respuesta, que nunca me atreví a concretar la propuesta. Dicen por ahí que uno no se arrepiente tanto de lo que hizo como de lo que dejó de hacer, y realmente es así en este caso. ¿Qué habría perdido intentándolo, si ya me había dicho que sí? A veces pienso que ella también me amaba, pero no se atrevía a reconocerlo. Tal vez iba a mi casa para estar cerca de mí, y eso habría sido tan increíble, que no lo pude nunca imaginar, hasta ahora, en los confines de mi vejez. Porque hice cosas increíbles por ella, como atreverme a comprarle un talonario entero de votos cuando fue candidata a reina de su colegio (y ganó). Lo increíble no fue comprar los votos, sino que lo hice delante de todo mi curso, demostrando que ella no me era indiferente, lo que a esa edad y en ese momento era motivo de burla y escarnio. Y así fui descubriendo un mundo de sentires que estaban muy por sobre los pensares, pero que eran tan íntimos, que no podía dejar que vieran la luz. Y viví así toda mi vida, poniéndole cortina a mis sentimientos, porque siempre tuve un tremendo temor a mostrar mi

ser desnudo. La verdad es que me enamoré varias veces después, de muchas mujeres, en distintas situaciones y contextos, algunos de los cuales fueron realmente mucho más complejos que el de mis inicios en el campo del amor. Pero el misterio que me lleva a contar estas reflexiones aun no se resuelve. ¿Porqué una persona se siente inclinada con tanta fuerza a ocultar su sentir más íntimo? Y eso, a pesar de perderse los momentos y experiencias más intensos y profundos que su alma anhela vivir. Con los años, ese amor platónico, puro e inocente se transformó en deseo, pero tampoco me atrevía a tocarla. Ella siguió ligada a mi vida y a mi casa por un largo período, y a veces nos sentábamos juntos a ver televisión, o simplemente a jugar. Yo la rozaba cada vez que podía, y ella nunca me manifestó un reclamo, ni se apartó de mi cuando eso ocurría. Tampoco averigüé nunca si se hacía la desentendida, o se daba cuenta y le gustaba.

¿Qué se hace con la vida malgastada, con los momentos perdidos, con las oportunidades dejadas de aprovechar? ¿Qué se hace con el vacío que esas instancias dejan cuando la vida se escapa y nos sentimos demasiado viejos para recuperar lo perdido? No hace mucho vi una foto actual de ella. Me invadió una intensa tristeza, una sensación de pérdida, de desperdicio. He pensado en ir a verla, sé donde encontrarla, y preguntarle como vivió ella ese tiempo en que iniciábamos la vida, y no sabíamos como tomarla. Creo que el miedo a nuestra propia fuerza vital y a las consecuencias, a los impulsos muchas veces incontrolables que de alguna manera controlamos, nos embarró la vida y nos

contaminó su pureza. Y creo que ese mismo miedo es el que me impide ahora ir a buscarla y preguntarle que sentía por mí. Porque sería terrible saber que siempre me vio como un cabro chico, que nunca le gusté realmente, y que todas las explicaciones que le he dado a mis dudas sean también producto de una pura fantasía. ¿Sería liberador que ella me dijera la verdad? “La Verdad os hará libres”... ¿Será eso verdad?

////////////////////